

Afiche promocional de la séptima FLIA

Diseño original: Rubén Romero. Caligrafía: Erik Naranjo.
Edición: Dalí, Nataly Polanco y Andrew Bernal.

SÉPTIMA flia: BOGOTÁ

3 y 4 de SEPTIEMBRE DE 2016

Feria del libro independiente y autogestionada.

Versos y Trazos de Resistencia en el viejo Café San Moritz



74 años

El Café mantiene despierta la autogestión

En apoyo para evitar el cierre del tradicional Café San Moritz

Este fanzine se hace en apoyo al Café San Moritz
y con la participación de sus habitantes recurrentes

Idea y gestión del proyecto: Andrew Bernal Trillos,
Tygr Liska (Dali), Nataly Polanco

Diagramación: Sonia Ro y Mateo Ramírez

Diseño de Portada: Rapiña

Fanzine producido por FLIA Bogotá

fliabogota@gmail.com

http://www.fliabogota.blogspot.com/

2016

En uno de los Fliparches, que fueron como estaciones previas a nuestra 7a. FLIA Bogotá, surgió entre los que parchábamos esta bella idea: Vamos a hacer la 7a. FLIA Bogotá en el paso peatonal de los libreros, donde está ubicado y tristemente en riesgo de ser "ex-tinto", el Café San Moritz. Si desde sus inicios el Café ha sido refugio de poetas, bohemios y soñadores, ¿por qué no crear conjuntamente algo que nos recuerde este rasgo esencial del Café?

Fue así como decidimos convocar a esta publicación. Ubicamos en el San Moritz un buzón abierto para que todo poeta, ilustrador, músico, para que todo bohemio o soñador despositara allí, libremente, su colaboración con la edición.

Una vez recabadas todas las piezas, entre muchas manos de los flierxs, creamos esta edición única, para que la leas acompañada de un café.



Ilustración:
Catalina Rapiña

CAFÉ SAN MORITZ FLIERO

El patio cubierto de una vieja casona del barrio La Veracruz sirve de refugio para el café San Moritz, considerado como el más antiguo de Bogotá. A este café se llega bajando desde la Séptima por el callejón de los libreros, ahora sede pasajera de la séptima FLIA de Bogotá. El café fue fundado por el europeo Guillermo Wills en 1937. Abrió con una máquina de café expreso Faema, adquirida en Europa, la cual aún funciona; una radio RCA Victor ya jubilada y una registradora National que dejó de utilizarse, porque sólo suma hasta $999. Todo apunta a que el origen de su nombre proviene de una antigua comuna suiza que en español significa San Mauricio. Al respecto también podría hacerse referencia a la cerveza Moritz de mediados del siglo XIX, la más antigua de Barcelona y la Confitería y Café Saint Moritz de Buenos Aires de 1959.

Nadie se percata de que el salón principal del café es un patio cubierto. A este se ingresa luego de cruzar el zaguán de la vieja casa y lo primero que se percibe es el tipo de música que lo caracteriza: boleros, rancheras, tangos y baladas. Luego viene la sensación más típica del visitante novato, el de invadir o transgredir un espacio masculino. Y es que la mayoría de los clientes del San Moritz son hombres mayores. Son muy pocas las mujeres que se encuentran allí pero últimamente se empiezan a ver cada vez más. Los cafés siempre fueron bastiones masculinos, permeados ocasionalmente por mujeres, porque su presencia en otra época en estos establecimientos estaba mal vista. Se decía que allí solo iban las “coperas”, como se les decía despectiva e injustamente a las mujeres que atendían las mesas en los cafés. Por eso el San Moritz nunca tuvo meseras, lo cual tuvieron por política desde su apertura. Siempre fueron meseros, los cuales efectivamente no daban tanto de qué hablar. Los tiempos cambian, pero la clandestinidad del San Moritz, alimentada por el callejón, lo ha mantenido un poco alejado de los cambios.



Natalia Romero

AIRE

Por momentos se me evapora la mente en el aire

Se me va y no soy estructura de un momento

Se me va, pero antes la hago palabra que ya era

Y a la palabra la intento aterrizar
en tinta en la pantalla,
que ni es real ni es tinta,
a menos de que se haga Fanzine.

Pero no soy fan ni soy cine…
Ni el Fanzine en que en el futuro
este texto se convertirá.
(Ni siquiera pantalla aterrizada:
aparente aporía)

Ni siquiera la idea que viajará a los párpados
que se abrirán para leerlo

Andrés Felipe Hernández

El San Moritz es el café que más logra conservar la atmósfera de los años cuarenta en la ciudad. Prueba de esto son las películas que lo han utilizado como locación para recrear uno de la época como: *Roa*, *La historia del baúl rosado*, la serie *Revivamos Nuestra Historia: el Bogotazo de 1987*, entre otros, y hasta un video de la canción *Soledad Criminal*, que el grupo bogotano 1280 Almas grabó allí, más por estética vintage criolla que por nostalgia cuarentona bogotana.

Las fotografías que adornan las paredes del café muestran una ciudad perdida que el lugar pareciera retener en sus entrañas. Como si allí se hubiera detenido el tiempo, afirman algunas reseñas en Internet escritas por extranjeros y periodistas. La tradición de señores mayores en busca de sus amigos con los cuales compartir unas cervezas o un tinto. La música, las fotografías de la Rebeca, del Hotel Granada, de la Jiménez, los muebles y el ambiente vetusto, efectivamente lo volvieron una máquina del tiempo. Sus paredes sostienen fotos antiguas de Bogotá, poemas dedicados al Café, escudos alegóricos y nombres en pergamino con su nombre.

El San Moritz no es el único en el mundo, pero sí es el único San Moritz que tiene Bogotá y es uno de los cafés que mejor mantiene y logra transmitir, como pocos lugares de la ciudad, la sensación de entrar a un café de los años cuarenta. En eso radica lo que hace especial a este café: en la sensación, en el sentir que se "viaja" al pasado de la ciudad.

Alfredo Barón Leal

LA SALIDA DEL SOL*

Ya brotan del naciente
los primeros resplandores,
dorando las altas cimas
de los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
hacia las alturas corren,
y de las rocas se cuelgan
o en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
del astro-rey los fulgores,
del mar que duerme tranquilo
las mansas ondas salobres,
sus hilos tiende el rocío
de diamantes tembladores,
en la alfombra de los prados
y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
que esmaltan gallardas flores,
elevan su frente altiva
los enhiestos girasoles
y las caléndulas rojas
vierten al pie sus olores.
Las amarillas retamas
visten las colinas, donde
se ocultan pardas y alegres
las chozas de los pastores.

* Este es un poema de Ignacio M. Altamirano, un autor mexicano del Siglo XIX. Llegó como manuscrito al buzón que la FLIA Bogotá dejó en San Moritz para que los participantes depositaran allí sus contribuciones para esta edición. Esperábamos que todos fueran textos originales; sin embargo, agradecemos a Jorge A. Higuera por aportar esta transcripción a esta publicación.

Si acaso sigues por la senda aquella
que va segura a tu feliz destino,
herencia santa de la madre es ella,
tu madre sola te enseñó el camino.

Mas si al cielo se fue… y en tus amores
ya no la harás feliz sobre la tierra,
deposita el recuerdo de tus flores
sobre la fría losa que la encierra.

¡Es tan santa la tumba de una madre,
que no hay al corazón lugar más santo;
cuando espina cruel tu alma taladre,
ve a derramar allí tu triste llanto.

E. Neumann (poeta alemán).

SI TIENES UNA MADRE TODAVÍA… *

Si tienes unva madre todavía,
da gracias al señor que te ama tanto,
que no todo mortal contar podría
dicha tan grande ni placer tan santo.

Si tienes una madre… sé tan bueno
que ha de cuidar tu amor su paz sabrosa.
Pues la que un día te llevó en su seno
siguió sufriendo, y se creyó dichosa.

Veló de noche y trabajó de día,
leves las horas en su afán pasaban,
un cantar de sus labios te dormía,
y al despertar sus labios te besaban.

Enfermo y triste, te salvó su anhelo,
que sólo el llanto por su bien querido
milagros supo arrebatar al cielo,
cuando ya el mundo te creyó perdido.

Ella puso en tu boca la dulzura
de la oración primera balbucida,
y plegando tus manos con ternura,
te enseñaba la ciencia de la vida.

* Este es un poema atribuido a Heinrich Neumann (también aparece atribuido a E. Neumann), presumiblemente escrito a mediados del Siglo XX. Llegó como manuscrito al buzón que la FLIA Bogotá dejó en San Moritz para que los participantes depositaran allí sus contribuciones para esta edición. Esperábamos que todos fueran textos originales; sin embargo, agradecemos a Jorge A. Higuera por aportar esta transcripción a esta publicación.

Purpúrea el agua del río
lame de esmeralda el borde,
que con sus hojas encubren
los plátanos cimbradores;
mientras que allá en la montaña
flotando en la peña enorme,
la cascada se reviste
del iris con los colores.
El ganado en las llanuras
trisca alegre, salta y corre;
cantan las aves, y zumban
mil insectos bullidores
que el rayo del sol anima,
que pronto mata la noche
en tanto el sol se levanta
sobre el lejano horizonte,
bajo la bóveda limpia
de un cielo sereno… Entonces
sus fatigosas tareas
suspenden los labradores,
y un santo respeto embarga
sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,
en el mar, en todo el orbe
se escuchan himnos sagrados,
misteriosas oraciones;
porque el mundo en esta hora
es altar inmenso, en donde
la gratitud de los seres
su tierno holocausto pone;
y dios, que todos los días
ofrenda tan santa acoge,
la enciende del sol que nace
con los puros resplandores.

Ignacio M. Altamirano

EL CAFÉ*

En la vega, en la cumbre, en la esplanada,
luce el café sus límpidos verdores
y cubriéndose va de blancas flores
al sonante bullir de la quebrada.

Roja como la espléndida granada
y de fragancia henchida y de dulzores,
a poco ostenta en ramos vividores
la fruta ya meliflua y sazonada.

Rico néctar después, fragante humea
en taza azul de porcelana china
donde el matiz de oro centellea

y al ascender a la región divina
de donde surge el rayo de la idea,
conviértese en estrofa peregrina.

Gonzalo Picón Febres

* Este es un poema de un autor venezolano del Siglo XIX. Llegó como manuscrito al buzón que la FLIA Bogotá dejó en San Moritz para que los participantes depositaran allí sus contribuciones para esta edición. Esperábamos que todos fueran textos originales; sin embargo, agradecemos a Jorge A. Higuera por aportar esta transcripción a esta publicación.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS*

Las cuaja Dios en ritmos de cristales
de cada limpio sol la luz nueva,
como los sueños que en su mente eleva
cuaja el poeta en ritmos musicales.

Son dos cadencias en el fondo iguales;
lo bello en ambas vive y se renueva;
mas la cadencia de la estrofa, lleva
el alma con sus luchas ideales.

Dentro de mí cuajó la fantasía,
en el rubí, la luz de mi alegría
en la turquesa azul mis sentimientos.

En el ópalo vago, mis suspiros;
mis lágrimas, en trémulos zafiros;
y en diamante inmortal, mi pensamiento.

Salvador Rueda

* Este es un poema de un autor español nacido en el Siglo XIX. Llegó como manuscrito al buzón que la FLIA Bogotá dejó en San Moritz para que los participantes depositaran allí sus contribuciones para esta edición. Esperábamos que todos fueran textos originales; sin embargo, agradecemos a Jorge A. Higuera por aportar esta transcripción a esta publicación



Foto: Mateo Ramírez

EROS 1

Vuelvo a ser sus muslos, la caricia fuerte que
redime estériles noches. Ahora somos un solo nudo
que quiere atar el dolor del placer. Sus jadeos no
contemplan redención alguna, los míos tampoco,
pero se entra fácilmente al infierno como al paraíso,
fundidos, solo por la certeza de tenernos uno al otro.
Su juventud descansa sobre mis años que doblan su
estatura. Afuera empiezan a cantar los pájaros casi
en la penumbra. Adentro se enfrentan los corazones
con latidos que ahora le pertenecen al universo.
Los cauces fluyen atormentando toda angustia. No
somos héroes de ninguna batalla para la historia,
pero escribimos, laxos, la pequeña historia de dos
que se aman en silencio.

Hernán Vargascarreño
(Zapatoca, Santander, 1960)

EROS 2

Yo soy tu sueño —me dijiste. Somos dos que se iluminan mutuamente, cada uno con la sombra del otro. De esta parte de mi costilla, tú eres mi dolor. Ahora que duermes y resuellas —animal tierno no tan inocente— todo tu almizcle torna la habitación en materia de deseo. Sé que mujeres y hombres apostarían por procurarse tu belleza, por enervarla entre sus piernas aunque sea por una tarde de lluvia como la de hoy. Pero al ser un sueño, te dejas atrapar en la telaraña del delirio, en ese no saber hasta dónde las garras pueden salir de sus madrigueras para asestar el golpe letal contra la realidad. Ahora también he de ser tu sueño. Pero vago extraviado dentro de los míos tratando de asir aquella luz que apenas presentimos. Y me es imposible encontrar la salida para el retorno a tu piel.

Hernán Vargascarreño
(Zapatoca, Santander, 1960)

Llegamos a la entrada del San Moritz, nos adentramos un poco en el zaguán, pero ella se detuvo y no se animó a cruzar el umbral; decidió, simplemente, quedarse sin conocerlo. “No, mejor, no”, me dijo, y emprendió la salida. Luego una mirada que me hizo sentir que invitarla a entrar al Café había sido un error, que el gesto me había “restado puntos”, mal movimiento para acercarme a su corazón. De nada me sirvió insistirle en los datos históricos y literarios: había dicho que no entonces, como volvería a decirme que no en otro momento… Total que ella ni me convenía…

Los que sí me han convenido son los amigos y las amigas; con ellos, de tanto en tanto, nos reunimos en el San Moritz. Allí hemos celebrado algún cumpleaños, allí ha sido el punto de encuentro para comenzar a animarnos antes de la fiesta. Allí hemos bebido alguna vez para olvidar (aunque, como lo muestra este texto, no es posible olvidar; quizá solo se pueda transmutar el recuerdo: de lo frustrante a lo cómico). Allí hemos celebrado nuestra amistad: entre café y cerveza, especialmente entre cerveza, le hemos dicho “sí” al San Moritz.

Andrew Bernal Trillos

MOMENTOS EN EL SAN MORITZ

La bella máquina para hacer café es quizá la primera imagen que me viene a la memoria al pensar en San Moritz. Como estudiantes de literatura deambulábamos por la zona con una compañera en busca de libros; ella me invitó a entrar, a tomarnos un capuchino. Me maravilló ver en funcionamiento esa increíble máquina para hacer café: un cierto ritmo, compuesto por los sonidos que nacen de la interacción de agua y fuego al interior de la máquina, y el vapor fragante de café que se eleva entonces como sahumerio, creaban una atmósfera que me transportó a otro tiempo. Estaba en la Bogotá del año dos mil algo y, a la vez, en la Bogotá de los cuarenta. Se me figuró poético.

Algún tiempo después, con otra compañera de la universidad (pero, en este caso, era una compañera de la que estaba enamorado), puestos en la misma búsqueda de libros por el sector, surgió en ella el antojo de tomarse un café. Le pregunté si conocía el Café San Moritz; me respondió que no lo conocía. ¡Aquí una oportunidad de impresionarla con mi conocimiento de un espacio único en la ciudad!... El café de los poetas, aquí venía León de Greiff… Hasta pensaba hacerle un "recorrido guiado" por el lugar, mostrarle las fotografías, los cuadros, los poemas, ese punto de memoria de nuestra ciudad querida, sí, para "lucirme" ante ella. Como destino final del recorrido tenía planeado llevarla ante la máquina para hacer café e invitarle un capuchino. La imaginé sonriente ante la máquina. "¡Qué bella máquina!... Y fuiste tú quien me trajo hasta aquí para ver esta maravilla… ¡Bésame!", anticipé que me diría.

EN EL CAFÉ SAN MORITZ

Las copas suenan
los techos se caen
chistes resuenan
las sillas se rompen.

Puños vuelan
amigos se ríen
amantes entran
y borrachos salen.

Músicos tocan
ideas surgen
todos bailan
y todos comparten.

Recuerdos se quedan
cafés se sirven
poemas se cantan
historias se viven.



Felipe Gualdrón